

La simplicidad: vivir en unidad

Es difícil encontrar las palabras que definan la “simplicidad”. Es un término como el silencio, que muchas veces se acaba delimitando por lo que no es o con respecto a lo que se puede asociar. Así, por ejemplo, se dice que simple es lo contrario a complejo. También se dice que es aquello que no es compuesto o que no tiene añadidos ni partes, que es su propia esencia. Por otro lado, lo simple se asocia a la sencillez, a la humildad, a la ingenuidad...

Desentrañar lo simple, pues, nos lleva a un descubrimiento como el de las partículas atómicas. Llegamos a las cosas esenciales que, entrelazadas entre sí, componen la realidad.

¿Qué es, pues, lo simple? Etimológicamente, esta palabra nos remite a la unidad, a lo que tiene una sola parte. Doble tiene dos partes y triple, tres. Simple también cumple la función de adjetivo, algo que da cualidad. O que va restando otras cualidades hasta llegar a lo esencial, a lo que no está mezclado con nada y es indivisible. El agua simple, por ejemplo, es aquella que no tiene ningún sabor añadido y que está libre de contaminación.

Y lo simple nos lleva a la simplicidad. La simplicidad como actitud. La simplicidad como opción. La simplicidad como manera de ser y de estar en la vida. “Tan simple como respirar”, es una frase que nos lleva también al sentido de este concepto. Lo simple es lo evidente, lo llano, lo que tendría que poder apreciarse sin esfuerzos.

Cuando lo simple se torna complejo

Hay algo en los seres humanos que nos hace tender a la complejidad. Ciertamente, la realidad es compleja, tiene muchos matices y dobleces y, en este sentido, pide reacciones y soluciones complejas. Sin embargo, corremos el riesgo de hipercomplejizar la vida e irnos alejando de aquello simple que es lo esencial, que es lo primario en lo que se sustenta la existencia.

Si lo simple es lo que no tiene división, lo complejo nos va dividiendo, nos va fragmentando o descomponiendo en partes. La palabra “diablo” significa división. Lo diabólico es lo que nos va dividiendo, creando oposiciones, resquebrajando la unidad que cada uno somos originalmente y que nos hace pertenecer a Algo.

El camino hacia lo simple, nos conduce siempre a recobrar la unidad original. A ser conscientes de aquello que nos divide para restaurar las grietas y

recomponer las situaciones vitales. Así, pues, podemos encontrarnos con que en nuestro presente lo complejo es llegar a la simplicidad.

Llegar a la simplicidad implica un acto de desprendimiento. Cuando niños somos más directos, aunque vivimos en un universo simbólico donde la realidad es “nuestra realidad”, quizás más egocéntrica, también tenemos la flexibilidad de vivir en el presente y fácilmente nos vamos adaptando a lo que aparece. En este sentido, las cosas se vuelven simples porque no nos aferramos a ellas. En la medida que vamos avanzando en edad, nos vamos atando más al recuerdo de los acontecimientos y vamos acumulando en el interior, como Diógenes, infinidad de “cosas” que nos hacen más torpes a la hora de actuar. La intuición, la espontaneidad, la creatividad, se van condicionando y lo que debiera ser sencillo se vuelve complejo.

La simplicidad, como decíamos, nos pide desprendernos: dejar de estar prendados a los lastres que nos restan libertad. Cuantas más capas nos vamos quitando, más “unos” con nosotros mismos nos vamos tornando. Y, por ende, más “unos” con la realidad. La mística, en pocas palabras, es ser “uno con Dios”. ¡Así de simple! Y este “ser uno” nos lleva a desnudarnos, descalzarnos, desbrozarnos para quedar a flor de piel y ser capaces de la sensibilidad, de captar que la vida es Vida. No mi vida -con el posesivo-, sino la Vida, a la cual pertenecemos.

La vida simple es aquella que va haciendo un peregrinaje de la posesión a la pertenencia. En esta desposesión de la que venimos hablando, me voy liberando de lo mío. Lo mío que incluye los objetos, pero también las personas. En este camino dejo de ser dueño de la situación, para convertirme en parte de ella. Si no soy dueño, propietario, entonces dejo de “estar compuesto” de todo aquello que me pertenece. Cuando yo soy una unidad, soy capaz de discurrir por la vida sin ataduras, perteneciendo libremente al momento que estoy experimentando. No es una pertenencia de dependencia, sino una pertenencia de amor: una interdependencia. No somos una isla, decía Thomas Merton, somos parte de un Todo. Y, como partes, pertenecemos. Pero también como reflejos de ese Todo, somos cada quien un todo. Esto, que parece complejo, nos conduce a la simplicidad.

El amor simplifica

El amor, cuando es caridad, simplifica. Porque el amor cohesiona, restituye, reconcilia, liga sin atar. Abraza y abrasa y, en este sentido: funde.

El amor, pues, acrisola, llevándonos a simplificar. Dejándonos en lo esencial y separando lo que es ajeno. El crisol del amor nos ayuda a purificar las intenciones, a retirar aquellos resentimientos, recuerdos, falsas expectativas

que embrutece las relaciones humanas. El crisol del amor aquilata, nos lleva al peso específico de cada situación, retirando lo que es superfluo. El crisol del amor aclara la visión que tenemos sobre la realidad y nos lleva a contemplar. Que contemplar no es más que estar templados con la realidad, ser sintónicos con ella.

El crisol es un contenedor que soporta altas temperaturas para poder fundir los metales sin deshacerse ni confundirse con ellos. Esto nos recuerda algunas de las palabras de una de las cartas que san Pablo dirige a las hermanas y hermanos de Corintio:

Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden.

Si mis palabras no llevan al amor y, por tanto, no reconcilian, no unen sino que dividen, no tienden a simplificar sino que complejizan las relaciones humanas; me convierto en un falso profeta del amor, en un emisor de mensajes falsos.

Ya podría tener el don de predicción y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener una fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada.

No soy nada sin amor, dice Pablo. De qué nos sirve poseer conocimientos, incluso argumentos de fe, si todo esto nos engríe y nos separa de nuestros semejantes, nos torna seres complejos y nos aleja de la simplicidad del Evangelio.

Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve.

Dar sin amor es casi como lavarse las manos para sentirse inocente sin serlo. Tendemos a creer que sacrificarnos por el prójimo es amor y, sin embargo, se vuelve estéril el sacrificio si no pasa a ser ofrenda de vida. Morir en el amor es nacer en él, resucitar, no renunciar a la vida o amargárnosla creyendo que así me entrego al otro. Hay que atrevernos a pasar por el crisol de la caridad para quedarnos en la esencia.

El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad.

El amor, cuando es amor de Dios, se traduce en caridad. Pablo nos va desgranando esa caridad, nos hace comprensible ese amor al estilo de Dios que no es más que un amor engendrado en la libertad. Y eso lo hace simple, único y unificador. El amor de Dios no es un amor que me pretende ni que me

conquista, sino que me ama como soy, que me urge a ser verdadero. Así es como puedo volver a ser imagen y semejanza de Dios, siendo verdadero, siendo yo para Él. Un “para” que no es posesión, sino referente, mirada sostenida que se emociona ante el ser amado.

Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites.

Pablo, queriendo delimitar lo que es el amor de Dios, nos habla de sus no límites y hace referencia al perdón, la confianza, la paciencia, la esperanza... Sin embargo, los seres humanos somos gracias a los límites. La simplicidad, en tanto que comprende la unidad, se mueve dentro de los límites. Y, aunque quisiéramos amar sin límites con todo lo que ello conlleva, muchas veces topamos con nuestros lindares. Que son los nuestros, los míos, los que me imprimen personalidad. Dios puede amar sin límites porque no los tiene. Yo amo con límites, pero lo importante aquí no son los límites, sino que amo. Pongo amor en los límites y entonces, estos se hacen amables. ¿Simple o complejo? En todo caso, honesto.

El amor no pasa nunca.

Si conseguimos que el amor no pase nunca, o intentar no pasar nosotros del amor, vamos camino de “esa unidad con Dios” a la cual nos convidan los místicos. Este no pasar del amor, es decir, hacerlo nuestra manera de andar por la vida, nos acercará a la simplicidad.

Bienaventurados los simples

Bienaventurados, felices, dichosos... los simples. Seguramente porque ellos ya gozan de la amistad de Dios aquí en la tierra. Por algo nos revela el Evangelio que las verdades del amor de Dios serán reveladas a los simples y a los pobres, no a los sabios y ricos, que ya tienen mucho con el poder que ello les ofrece.

Los simples ya gozan de la amistad de Dios porque no ambicionan más. Y es que lo tienen todo en Dios. Mientras Marta se afana queriendo servir, sentirse útil, vivir fuera de sí, María se coloca con toda simplicidad y modestia a los pies de Jesús. No a sus pies servilmente, porque Jesús estaría postrado en tierra. María se coloca a su nivel, reposa en su horizonte y contempla sus palabras. Con esa simplicidad de niña que vive y goza del momento presente.

¡Bien aventurémonos a la simplicidad! Soltemos amarras, soltémonos de lo que nos aprisiona. Liberemos a las personas que tenemos presas de nosotros para comenzar a ser libres también nosotros. Deshagámonos de lo que nos separa de la pobreza para quedarnos en la riqueza de lo esencial.

Es simple y complejo, ya se sabe. Juan de la Cruz camina hasta la orilla del límite y, desde ahí, declama su “Modo para no impedir al todo”. Escuchémoslo con toda simplicidad:

*Cuando reparas en algo,
dejas de arrojarte al todo.
Porque para venir del todo al todo,
has de negarte del todo en todo.
Y cuando lo vengas del todo a tener
has de tenerlo sin nada querer.
Porque, si quieres tener algo en todo,
no tienes puro en Dios tu tesoro.*

Jesús nos hace visible lo invisible: encarna el amor. Pero, amándonos en Caridad, ni siquiera nos pide que seamos como Él, nos pide sólo que amemos como el Padre y Él se aman. Esto es, que encarnemos al Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo no tiene hoja de ruta en su actuación. Es pura inspiración. En este sentido, Dios nos pide que amemos siendo lo más auténticos posibles, acercándonos a la imagen y semejanza más original que cada quien somos, rozando el límite de la Unidad. Esto, esto es la simplicidad. Compleja, sí, pero al fin y al cabo: simple.

Vivamos siendo unos.

Javier Bustamante Enriquez

poeta